

**¡AY...!**

Son dos: niña y rosa.  
 Lugar, un edén.  
 La rosa es bonita;  
 la niña, también.  
 La rosa fragante  
 temblando en su rama,  
 es linda cabeza  
 de niño que llama.  
 Jugando la niña  
 se acerca hasta ella,  
 y al verla prorrumpe:  
 —¡qué rosa tan bella!—  
 En las nitideces  
 de su almíta pura,  
 hay hambre de aromas  
 y sed de hermosura.  
 Y al tallo se lanza  
 con férvido anhelo,  
 mientras sus pupilas  
 se beben el cielo.  
 —¡Ay!—grita de pronto  
 con hondo gemido,  
 poniendo un semblante  
 de arcángel herido.  
 La mano de nieve  
 recoge hacia sí,  
 sobre cuya albura  
 se esponja un rubí.  
 ¡Ay, qué desconsuelo!  
 ¡Ay, qué desencanto,  
 que aroma y belleza  
 nos lastimen tanto!  
 De la flor ingrata

se aleja afligida,  
 y una hermana fuente  
 le lava la herida.  
 —¡Ay!—sigue clamando  
 con flébil acento.  
 —¡Ay!—repite hurraño  
 burlándose el viento.  
 Y mientras llorosa  
 su pena deslíe,  
 la rosa, de lejos,  
 la mira y se ríe...

\* \* \*

No llores, preciosa,  
 que tu mismo pecho  
 te dará venganza  
 del mal que te es hecho.  
 La que hoy marcha niña,  
 volverá doncella;  
 y dirán mil labios:  
 —¡qué rosa tan bella!—  
 Y alguno entre tantos  
 llegará, que al verte,  
 con mano de fuego  
 pretenda cogerte.  
 Y de un alma herida  
 brotará un lamento,  
 y un ¡ay! como el tuyo  
 rodará en el viento.  
 No llores, futura  
 rosa de pasión.  
 ¡Ya serás la espina  
 de algún corazón!